

LA NEGRA ESTER,

DE ROBERTO PARRA

CON ALDO PARODI, MARIA

IZQUIERDO

PACHI TORREBLANCA, WILLI SEMLER,

BORIS QUERCIA, ROSA RAMIREZ Y

ELENCO

DIRECCION: ANDRES PEREZ

EN GIRA POR CHILE

Cuando en diciembre del año pasado se estrenó *La negra Ester* en Puente Alto (plazuela O'Higgins), nadie sospechó las resonancias —no sólo teatrales o artísticas, sino que fundamentalmente sociales— que iba a tener la mencionada obra. Después, al poco tiempo, específicamente durante los meses de enero y febrero, el cerro Santa Lucía fue escenario de uno de los espectáculos más significativos del teatro chileno de los últimos tiempos. Y así la gira actual por provincias y las invitaciones a certámenes teatrales de carácter internacional van configurando una situación que rebasa la típica relación espectador/obra, pues, incluso, desde mucho antes de la representación (compra de entradas con antelación, largas colas, recomendaciones de que vale la pena verla), se crea una atmósfera que tiene mucho de magia, de poesía, de efervescencia popular.

En honor a la verdad, el trabajo conjunto de actores, músicos, director, no es algo que haya surgido de la nada. Es un trabajo de años, desde los tiempos en que muchos de los integrantes del elenco hacían teatro callejero, buscaban legítimas formas teatrales para comunicarse con un tipo de público distinto al tradicional y se expresaban a través de múltiples lenguajes escénicos que tenían tanta o más fuerza que el lenguaje de la palabra.

Si a esta predisposición de acercamiento de la esencialidad del teatro a un público heterogéneo se une la festividad de las décimas de Roberto Parra, tenemos, en su conjunto, un espectáculo de gran relieve, de una profunda ternura, lleno de poesía, vital, cautivante, sugerente, sutilmente simple en su historia, pero a su vez de una gran complejidad por los múlti-

ples planos proyectados. Porque cada una de las actuaciones es una creación singular, cada uno de los sonidos aporta múltiples significados, unido todo esto a un vestuario, unos maquillajes, unos desplazamientos, unos gestos que generan nuevas lecturas y nuevas ensoñaciones.

La historia de los amores de Roberto Parra con la negra Ester, aquella prostituta de San Antonio (*"al puerto de San Antonio/me jui con mucho placer / conocí a la negra Ester"*), es en realidad un mero pretexto para que verdaderos actores (por suerte, no contaminados por la insulsez y maqueta televisivas, por decir lo menos) den rienda suelta, con gran rigor, a una creatividad pocas veces avizorada en nuestros escenarios. También es una invitación y un desafío, un ejemplo para nuestros jóvenes actores, una demostración de que con trabajo y mucho sacrificio se ennoblecen una profesión que, con los años, ha ido perdiendo algo de trascendental importancia: la pasión.

Hablar de cada uno de los actores, de la música, de la escenografía, de la historia, da para un verdadero tratado crítico. Por eso mismo —y esto el tiempo dará o no la razón—, *La negra Ester* ha marcado un hito en el teatro chileno de la dé-

cada de los ochenta, ha inyectado vitalidad a nuestro teatro, ha logrado un gran consenso (de por sí, siempre difícil) en un público que se siente maravillado por lo que ha presenciado (incluidos actores de otras compañías); todo lo que, en definitiva, se le puede pedir a una obra teatral en un país como el nuestro. De esta manera, no haber visto *La negra Ester* es como haber dejado escapar la capacidad de asombrarse por la simpleza de la vida.

La negra Ester es un homenaje a la poesía, al teatro, a la vida. Es la metáfora que hace soñar y suspirar; es la metáfora de la palabra y del silencio: *hasta cuándo padecer/ nunca más la volví a ver/ se ha ido con el incienso/ un minuto de silencio/ pido por la negra Ester.* (E.G.)

Escena de *La negra Ester*, que en conjunto es un espectáculo de gran relieve, de una profunda ternura, lleno de poesía, vital, cautivante, sutilmente simple en su historia, pero a su vez de una gran complejidad por los múltiples planos proyectados.

